

(18) Su cuerpo fué enterrado en la Basílica de San Francisco en Asís.

(19) *Fioretti, Vita del B. frate Egidio, cap. 1.*

(20) Añádese que en algunas ocasiones, apretado del hambre, se redujo á pacer las hierbas del campo.

(21) Gil profesaba tal género de horror a la holganza, que su exhortación favorita era: *Fate, fate e non parlate* (obrad, obrad, y no habléis).

(22) *Vetula, paupercula, simplex et idiota, diligas Dominum Deum tuum, et poteris esse major quam frater Bonaventura.*

(23) Gil es el único de los doce apóstoles franciscanos, cuyo culto y rezo ha sido aprobado por la Iglesia.

(24) Fr. Pánfilo de Magliano opina que el Morico, discípulo de Francisco y llamado *el pequeño*, es distinto del Morico, religioso crucífero, á quien Francisco curó grave enfermedad con miga de pan humedecida en el aceite de la lámpara. De todas suertes, hay confusión y carencia de datos acerca de Morico.

(25) Créese que Bernardo recibió el sobrenombre de *Vigilante* por la extraordinaria brevedad de su sueño, que no llegaba á una hora.

(26) Ángel Tancredo fué uno de los autores de la leyenda *A Tribus Sociis*.

(27) Rufino tocó con sus manos la llaga del costado de Francisco, estando éste vivo aún.

(28) *Nova hilaritate perfusa, quærit si aliquid novi de Domino haberet ad manum?*



## CAPÍTULO IV.

## SAN FRANCISCO EN ESPAÑA.

Vacilación. — Consulta. — El arma de la palabra. — Elocuencia nueva. — Los predicadores franciscanos. — San Francisco desea el martirio. — Combates interiores. — Viaje frustrado á Siria. — Enfermedad. — Cartas. — Venida á España en 1212. — Itinerario de san Francisco en tierra española. — Fundaciones. — Leyendas.

.....  
*La plana de Vich  
 diu que n'tran florida  
 des que san Francesch  
 l'amor hi predica,*  
 .....

(Jacinto Verdaguer.)

.....  
 Cubierta de flores diz que está la  
 vega de Vich, desde que san  
 Francisco predicó en ella el  
 amor.  
 .....

(Jacinto Verdaguer.)

Los primeros tiempos del retiro en la Porciúncula fueron para Francisco período de irresolución é incertidumbre: su voluntad y las aspiraciones de alma le incitaban á lanzarse al turbulento siglo para despertar las conciencias y reformarlo, al paso que tendencias ascéticas y el amor de la soledad le inclinaban á la vida contemplativa. En el primer paso de la más rápida y gloriosa carrera que recorrió hombre alguno; en vísperas de señorear, con el poder del corazón, el mundo entero, Francisco

se sentía llamado hacia el eterno silencio, hacia el sosegado y melancólico río del olvido, que corre preso entre los estrechos muros del claustro. Dudó de su vocación. Creyóse falto de esfuerzo para la batalla terrible que había de reñir el que quisiese poner á Jesucristo á la cabeza de la sociedad. Hijo de oscuro negociante, ni sabio, ni hermoso, ni fuerte, comenzando ya á sentir su exquisita y nerviosa organización minada por las austeridades, tembló ante el cargo que la Providencia le encomendaba. Y sin embargo, sus huestes crecían, y veíanse acudir diariamente á la Porciúncula, además de los preferidos compañeros que conocemos ya, numerosos adeptos de todas las clases sociales(1): Jacobo y Simón de Asís; Teobaldo, Simón de Colosano, Agustín, que había de expirar el mismo día y á la misma hora que Francisco; Iluminado, Esteban, Leonardo, Juan de Lodi... cuyas vidas son otras tantas leyendas áureas de santidad. Indeciso Francisco, pensó en la vida activa y fecundísima del Hijo del Hombre, en su predicación popular, en sus dolores públicamente sufridos para ejemplo y redención del género humano: y comprendiendo que la actividad prometía más provechosos resultados que la contemplación, con todo eso, dicen las *Floreillas*, pidió consejo á fray Silvestre y á la hermana Clara: y ambos, después de hacer oración, conformes y unánimes dijeron á Francisco que « Dios no le había llamado solamente para sí, sino á fin de que muchos se salvaran por él. » — « Vamos, pues, en nombre de Dios » (2), exclamó Francisco al oír la respuesta. Desde aquel día conoció sus caminos y anduvo por ellos con pie seguro.

Para apoderarse de los ánimos, para remover la sociedad desde sus esferas más altas hasta las más ínfimas, para combatir los vicios, herencia de la cul-

tura pagana, y las crueldades y violencias transmitidas por la barbarie, no contaba Francisco sino con una arma: la palabra. Verdad que esta arma, aguda, veloz, alada y ardiente, fué la que congregó en torno de Demóstenes al pueblo ateniense, y al romano bajo la tribuna de Cicerón. Pero los tiempos habían cambiado; la elocuencia languidecía encerrada en sus caducos moldes, reducida á ejercicio del aula, á artificiosa y pedantesca labor retórica. En Italia, donde jamás se extinguiera la tradición profana, donde contrastando con el latín de la Iglesia, descarnado y austero, se escribían aún atildados exámetros al modo horaciano, conservábanse asimismo los moldes clásicos de arengas, apologías y discursos, y los predicadores dividían sus sermones y les daban formas sujetándose al tipo reglamentario y ornándolos con primores y galas marchitas, que acaso habría estrenado en el foro algún orador de la romana decadencia. Y entre tanto, mientras que en el púlpito, en la poesía, en los libros, duraba tenazmente — más ó menos respetada — el habla de Virgilio, nacían los dialectos, como protesta contra la supervivencia de la literatura pagana. Pertenece á los hombres extraordinarios adivinar lo que late en su época y desentrañarlo y sacarlo á luz. Francisco de Asís fué quien, adoptando para la predicación el habla vulgar y las formas populares, determinó en la elocuencia la misma evolución que más tarde impuso á la poesía y á la pintura. Abrió nuevas vías y era nueva á la oratoria, y la lengua toscana comenzó á florecer en sus sermones, como después en sus versos.

Creó el Santo de Asís una escuela de elocuencia, que sacudía el yugo de las reglas hasta entonces acatadas, declarándose romántica é innovadora; que para

manifestarse empleaba medios y hasta palabras desusadas en el púlpito, y tenía método propio y caracteres especiales. La predicación franciscana, al adoptar el idioma del vulgo, tomó también las bellezas que, como flores silvestres nacidas en inculto páramo, esmaltan el lenguaje popular: las comparaciones gráficas, las expresiones enérgicas, las metáforas atrevidas, los giros poéticos y felices, la frescura y vivacidad de la frase, el calor del sentimiento, la animación, fuerza y rapidez del estilo. Unido todo ello á extremada sencillez, á la supresión de los alardes eruditos, á las parábolas y ejemplos cuyo sentido fácilmente alcanza la multitud, compuso una oratoria peculiar, á maravilla adecuada para conmover y persuadir. Ello es cierto que á veces las formas de esta nueva elocuencia son rudas, á veces pueriles; el periodo carece de aquella redondez y sonoridad que hace que la palabra armoniosamente se enlace á la palabra; pero compensan sus imperfecciones rasgos de inspiración lozana y espontánea, que oradores más cultos nunca tendrían. Elocuencia indocta, plebeya en el fondo, pero sincera y eficaz.

Y como la belleza del sentimiento mueve y cautiva más que la del arte, la elocuencia franciscana, que en su candor no pule los conceptos devotos, encierra hermosura bastante para seducir y atraer irresistiblemente á hombres como el primer trovador de la época, llamado el *rey de los versos*, poeta cuyas sienes ciñera de laurel Federico II. Este tal, familiarizado con los elegantes artificios de la musa profana y erótica, acertó á escuchar un día la predicación de Francisco, y tanta mutación se produjo en su alma, que de la gaya ciencia y las cortes de amor pasó al claustro, donde perdiendo hasta su nombre, célebre ya, no se le conoció

nunca sino por *fray Pacífico*. Cuando Francisco hablaba, parecióle al poeta ver que dos espadas le atravesaban el cuerpo: la primera, de los pies á la cabeza; la segunda, formando cruz, á lo largo de los brazos. Y no fué Pacífico ejemplo aislado del poder de la palabra arrebatadora de Francisco, ni fueron sólo muchedumbres ignorantes quienes rodearon los pulpitos de los franciscanos. Tomás de Celano, primer biógrafo de Francisco, registra la época en que gran número de hombres letrados acudieron como por mutuo acuerdo á solicitar la túnica y el cordón de penitencia.

Mas el objeto y fin de la predicación franciscana era principalmente influir en el conjunto de las masas populares. Así lo prescribe el capítulo IX de la regla, amonestando á los frailes á que « en la predicación que hacen sean examinadas y castas sus palabras, á provecho y edificación del pueblo, anunciándoles los vicios y virtudes, pena y gloria, con brevedad de sermón, porque palabra abreviada hizo el Señor sobre la tierra: *quia verbum abbreviatum fecit Dominus super terram.* » Únese el precepto moral al literario: que la predicación sea fructuosa y concisa. El pueblo, hallando por fin alimento para su alma, manantial vivo en que refrigerarse, no se saciaba de él. Inmenso concurso cercaba al fraile que, bajo los árboles de un soto, á la sombra de un paredón, subido sobre una piedra, hacia su plática. En Glatz se veneraba el tilo cuyas ramas cobijaron á fray Bertoldo de Ratisbona durante sus sermones, y era tal el golpe de gente que se congregaba para oírlos, que fué indispensable á fray Bertoldo construir una torre de palo, en la cual encaramado predicaba, poniendo en la cima un gallardete, que en su dirección indicase á la multitud el lado á que debía colocarse según el soplar del viento,

para oír mejor. Y añade el cronista Salimbene : « Así llegaba su voz á los lejanos como á los próximos; y á nadie se vió marcharse hasta que el sermón daba fin » (3). En la corte de Provenza, nobles y plebeyos, laicos y clérigos, cubrían de besos las manos y los pies de Hugo de Dina cuando acababa de predicar (4); Albertino de Verona lograba que los boloñeses no hiciesen expirar al rey Encio entre las torturas del hambre (5); Reinaldo de Arezzo era aclamado obispo por los canónigos, prendados de la dulce facundia de su hablar. No ignoramos el entusiasmo que producian los sermones del taumaturgo de Padua, causa de que se despoblasen comarcas enteras, yéndose los habitantes tras del Santo y acampando al raso toda la noche para estar prontos á tomar puesto á las primeras luces del alba. Algunos de los sermones de san Antonio parecen á quien hoy los lea llanos y sencillos por demás; pero nos haremos cargo de su eficacia si tomamos en cuenta la expresión del rostro y de la voz, la muda elocuencia de la tosca túnica, de los descalzos pies, del mortificado semblante; el vigor juvenil del dialecto, el prestigio de la santidad, y la impresión contagiosa, que por causas mitad físicas y mitad morales reciben las muchedumbres con la comunicación de ideas y sentimientos, y se transmite como la corriente eléctrica á lo largo del hilo conductor. También es de advertir que los franciscanos, viviendo en intimidad con el pueblo, conocedores de sus necesidades, sus pesares y sus alegrías, sabían cómo hablarle al alma. Lo que hoy vemos desde lejos y nos parece incoloro y frío, ofrecía para el auditorio de entonces palpitante interés. No cabe dudar que en el siglo de Inocencio III era conocido el arte de bien decir; á despecho de lo cual los franciscanos y su incorrecta é impetuosa elocuencia

obtuvieron la preza de la popularidad. Quejábase el clero secular diciendo : — « ¿Por qué vosotros los frailes habéis usurpado totalmente el oficio de la predicación, de suerte que el pueblo no cura de oírnos á nosotros? » — Y respondía fray Salimbene con estas ó parecidas frases : — « Pues os hemos dejado prebendas y bienes, y vivimos de limosna y de pobreza, y nos afanamos en predicar, justo es que seguemos y recojamos la espiritual cosecha. »

Las regiones de Oriente eran en la Edad Media preocupación constante, idea fija de toda mente elevada : los capitanes aspiraban á conquistarlas, los santos á evangelizarlas, los políticos á regirlas, y todos consagraban gustosos á tal empresa vigiliias y sangre. No bien logró Francisco ver establecida la Orden, cuyo rápido incremento sobrepujaba sus esperanzas, volvió los ojos á los pueblos orientales, amenazador límite de la cristiandad. En el Occidente quedaba ya sembrada la fecunda semilla, y fundados en breve tiempo, el convento de Perusa, el de Arezzo, — ciudad de donde huyeran las furias de la discordia á la voz de Francisco, — el de Florencia, el de Pisa, el de San Miniato, el de San Geminiano, el de Sarniano.

Por donde quiera que pasaba Francisco, extendíanse la abnegación y la pobreza, y cundía la Orden naciente. Las mujeres, tocadas á su vez del frenesí del cielo, venían también á reclamar su parte en el festín nupcial, y Clara había sido la primera flor del vergel franciscano. Ya era dueño Francisco de ofrecer su vida á Dios en Levante, seguro de que legaba en herencia á la humanidad un pensamiento imperecedero. Su activa existencia de fundador, los cuidados minuciosos y materiales que tan ardua tarea lleva

consigo, no le hicieron descender de las cimas de la contemplación en que se espaciaba su alma. Hallándose el Lunes de Carnaval al borde del lago de Perusa, — aquel clásico Trasimeno que presenció la derrota del cónsul Flaminio, — rogó Francisco al devoto barquero, en cuya casa se hospedaba, lo pasase en su esquife á una de las isletas que se perfilan sobre el seno azul del lago. Llevó consigo dos hogazas de pan, y encargó al barquero no volviese á recogerle hasta el día de Jueves Santo. La madrugada del Miércoles de Ceniza se realizó la travesía : retiróse el barquero, y se quedó Francisco en la isla desierta y feraz. Allí buscó un sitio agreste y montuoso, una cueva oculta entre breñas y zarzales ; y por espacio de cuarenta días y cuarenta noches ayunó, como el Nazareno en la montaña, sin más alimento que el aire que respiraba, sin más bebida que las lágrimas que surcaban su faz. La tarde del Jueves Santo, no atreviéndose á igualarse al divino modelo, comió la mitad de un panecillo (6). Y cuando el barquero, al transponer el sol, fué á buscarle cumpliendo su promesa, miró con temor al hombre que se sentaba en su esquife, extenuado y sin cuerpo casi por efecto de la abstinencia, gozoso sin embargo y ligero en el andar y llevando en la mano, intactos, panecillo y medio. Quizás en aquellas soledades luchara Francisco, á ejemplo de Jesucristo, con el genio de la soberbia, obstinado en brindar deleites y gloria á quien sólo buscaba dolor y anonadamiento. Ello es que en Sartián, Francisco sufrió un desmayo de la voluntad, un minuto de agonía. Representáronsele los goces del hogar y de la familia, las dichas del amor terrestre : pues, al cabo, hombre era el serafín. Despojóse del hábito, y arrojándose en la nieve del huerto

donde oraba, se revolcó hasta calmar la fiebre de su sangre. Y tomando nieve con sus manos, se solazó humorísticamente en formar y alinear pellas de diversas magnitudes, que figuraban la esposa é hijos de un casado : burlándose así de la flaqueza de su propio ánimo, y del mezquino bien que codiciaba. Á vueltas de tales combates crecía el deseo del martirio. Celebrado que hubo el Capítulo de Pentecostés, se encaminó á Roma, presentóse de nuevo á Inocencio III, le expuso los adelantos de la Orden, y obtuvo su venia para partirse á Siria. Entonces fué cuando se le unieron Zacarías, romano, y Guillermo, de nación inglesa, sustituto más adelante del discípulo apóstata ; entonces fué cuando trabó conocimiento con Francisco aquella noble dama, Jacoba de Sietesolios, renovadora de la tradición de las santas viudas de la primitiva Iglesia, siempre dispuestas á hospedar al apóstol, á enseñar al neófito, á animar al mártir ; incansables propagandistas de la doctrina, pródigas de oro, de tiempo y trabajo para servir toda idea generosa. Jacoba adquiere de los Benedictinos de San Cosme el hospicio, que fué primer Convento de Franciscanos en la Ciudad Eterna (7) : más tarde volveremos á encontrar á la matrona besando y ungiendo los pies llagados de Francisco, como Magdalena los de Jesús.

Volvió Francisco á Asís, y habiéndose despedido de sus hermanos, tomando en su compañía á uno solo, se embarcó en la primer nave que se daba á la vela para la suspirada tierra de Siria. Largos días azotó la tormenta la embarcación, y colgados entre cielo y agua, y perdido el rumbo, abordaron por último á las tristes costas de Esclavonia. Allí se detuvieron para carenar el barco medio deshecho ; y no hallándose

nave alguna que zarpase hacia Levante, Francisco y su compañero solicitaron por caridad pasaje en una que volvía á Ancona. Fuéles negado, pero se ocultaron en el barco, que se hizo á la mar llevándolos consigo. Al ir á levar anclas, acercárase un incógnito á uno de los pasajeros, entregándole provisiones y diciéndole: — « Guárdalas para los frailes, que van ocultos en la nave. » — Nueva y furiosa borrasca asaltó al barco; faltaron alimentos, y la tripulación habría sucumbido á los horrores del hambre, á no repartirles Francisco sus viveres. Al fin se calmó el Adriático, y entraron felizmente en el puerto de Ancona.

Frustrada así la tentativa de misión en Oriente, Francisco, al pisar el suelo italiano volvió á la tarea del púlpito. Uniéronsele entonces Bernardo de Corbio, uno de los protomártires franciscanos, y Juan Simple, pobre labriego de las cercanías de Asís. Hallábase éste arando, y vió pasar á Francisco, á quien llamó. — « Padre — le dijo — mucho hace que pienso en tí, y en tus frailes, mas no sabía por dónde andabas. Ya que Dios te trajo acá, yo me pongo en tus manos. » — « Da á los pobres lo que tengas, » — respondió Francisco. El buen hombre no poseía más que sus bueyes: ofreció uno á Francisco, otro á los pobres, mas su familia alzó el grito, porque el buey es el tesoro del labriego. — « Tomad, — les dijo Francisco, — este buey, y dadme en cambio á vuestro hermano. » — Y se llevó consigo al campesino, que llegó á ser uno de sus compañeros más caros. Era Juan Simple corto de luces y en candor extremado; no sabía cómo ganar el cielo; pero, persuadido y seguro de que Francisco lo ganaría, ajustábase á imitarle de tal suerte, que hasta andaba, reposaba y tosía cuando

veía andar, reposar ó toser al maestro. Hacia esta época, ó más bien antes del frustrado viaje á Siria, sucedió la conversión singular de Juan Parente, que ejercía las funciones de juez en su ciudad natal, Cívita-Castellana. Salió un día á pasearse por los arrabales, y vió á un porquero, que inútilmente trataba de recoger su piara en la pocilga, y que tras de mil alaridos y maldiciones gritaba por fin: — « Así entréis como los abogados y los jueces entran en el infierno, » — y á tal invectiva, las bestias entraron dócilmente. Tan insignificante y vulgar suceso causó al juez uno de esos repentinos presentimientos de responsabilidad ultramundana, frecuentes en la Edad Media. Imagínose que la vara de la justicia, vuelta hierro candente, abrasaba en el infierno la diestra del que la torcía en el mundo; y espantado del cargo que desempeñaba, se apresuró á hacerse franciscano, acompañándole al claustro un hijo suyo.

La constitución de Francisco, delicada y sensible, comenzó por aquel tiempo á resentirse mucho de las asperezas, privaciones é inmensos trabajos; el acero iba gastando la vaina que lo cubría. Padeció graves fiebres intermitentes, contagio sutil que siempre acecha al hombre bajo el hermoso cielo italiano, y mal convalecido de ellas, reanudó sus mortificaciones, y las cuartanas se transformaron en cotidiana y lenta calentura, que abrasaba el hígado y las entrañas del Santo. Arrastrábase apoyado en un báculo, por no perder de vista sus fundaciones y comunidades; y cuando la languidez ni aun eso le consentía, dictaba, para desahogar su alma, la célebre carta monitoria dirigida á cuantos invocasen el nombre de Cristo en el mundo:

« Á todos los cristianos, clérigos, religiosos, lai-

cos, hombres y mujeres, que están por toda la tierra:

» Felices y bendecidos son los que á Dios aman y cumplen lo que Cristo ordena en su Evangelio : amarás al Señor tu Dios de todo corazón y alma, y al prójimo como á ti mismo. Amemos á Dios y adorémosle con gran pureza de espíritu y corazón : esto pide Él sobre todas las cosas. Ha dicho que los adoradores verdaderos adorarán al Padre en espíritu y verdad, y en verdad y espíritu deben adorarle los que le adoren. Os saludo en nuestro Señor. »

« Por mi enfermedad (decía en otra epístola) y por flaqueza de mi cuerpo, no puedo personalmente visitar á todos ; pero las presentes letras van á recordaros las palabras de mi Señor Jesucristo, que es Verbo increado del Padre »... « Yo, Francisco, vuestro servidor-ci-lo, dispuesto á besar vuestros pies, os ruego y conjuro por la caridad, que es Dios mismo, recibáis y practiquéis humildemente y con amor estas palabras de Jesucristo, y las restantes que han salido de su boca. Que todos aquellos en cuyas manos cayeren, y comprendan su sentido, las envíen á los demás, porque les sean de provecho. »

Apenas se hubo restablecido un tanto, emprendió Francisco su viaje á España. Le llamaba á la Península Ibérica el doble empeño de propagar su Orden, y de hallar embarcación en que hiciese la travesía de Marruecos, donde pensaba predicar la fe. Breve mención hacen los biógrafos extranjeros de Francisco de esta su venida á España ; y sin embargo, no es acontecimiento de escasa importancia, ni pudo menos de dejar huellas profundas en país donde la Orden Franciscana se extendió y prosperó de tal suerte. Cuando Francisco sentó la planta en nuestro suelo ocurrían en él acontecimientos muy graves, atañedores á la inde-

pendencia hispana, quizás á la de Europa toda. En Mayo de 1212, año de la entrada de Francisco por Navarra, Inocencio III lleva en procesión por las calles de Roma el *Lignum Crucis* ; el pueblo romano, después de haber ayunado por espacio de tres días á pan y agua, va descalzo y vestido de luto tras la santa reliquia ; encaminanse pueblo, clero y pontífice á San Juan de Letrán, y ruegan en voz alta por el éxito de la empresa que va á acometer Alfonso VIII, rey de Castilla. Éste, entretanto, delibera en Toledo con su consejo de prelados y ricos-hombres, y acuden á unirsele Pedro de Aragón y gran refuerzo de gente de armas venida de extraños reinos, de Francia, de Alemania, de Italia ; porque la causa de la Cruz establecía en la Edad Media estrecha solidaridad entre toda raza de hombres. Á su vez el emperador de los Almohades, El Nasser (8), despoblaba el África trayendo sus guerreras tribus á sostener la conquista del territorio castellano. Un pastor desconocido guía á los cristianos al través de las intrincadas angosturas de Sierra Morena hasta espaciosa llanura, hecha como de molde para un gigantesco combate ; era el campo llamado las Navas de Tolosa (9). Van á encontrarse frente á frente los hijos del desierto y los briosos reconquistadores de Iberia. De una parte marcha el *Rey Verde* (10), su guardia de diez mil descomunales etíopes, negros como carbón (11), sus arrogantes jeques andaluces, sus ligeros jinetes de Mequínez, cuyos trotones lucen arneses de oro y seda, sus africanos intrépidos de albos alquiceles y yataganes curvos ; El Nasser empuña con la diestra la cimitarra, con la siniestra sostiene el Korán, cuyos versículos poéticos, que halagan la fantasía, lee á las fanáticas tropas. De otra parte, Alfonso VIII hace oír misa, confesar y comulgar á sus

huestes cubiertas de hierro; arzobispos, obispos y clérigos recorren las filas recordando á los soldados las gracias y bendiciones otorgadas por la santidad de Inocencio III á los que con las armas secunden los intentos del monarca de Castilla; los tercios navarros, aragoneses, portugueses, gallegos y vizcaínos se disputan el puesto de honor, la vanguardia; los concejos despliegan sus estandartes, y avanzan silenciosos y resueltos los caballeros de las cuatro Órdenes militares y los Templarios con sus mantos blancos parecidos á monacales túnicas. Trábase la pelea; los cristianos son uno por cada cuatro musulmanes, y retroceden empujados por un torrente de hombres que los arrolla: entonces Alfonso VIII se dirige al cronista arzobispo de Toledo, que á su lado se halla, y le grita: — *Arzobispo, vos é yo aquí muramos*: — y entrándose ciego por lo más recio de la pugna, rehace las huestes; arremete el ejército cristiano llevando ya la mejor parte; rómpese la temerosa valla y parapeto de etíopes encadenados que cerca el pabellón de púrpura y perlas del Miramamolín; y al apagar sus luces el sol que alumbrara el memorable día, quedan en el campo los cadáveres de doscientos mil infieles (12), y los obispos castellanos cantan á coro con los reyes y las milicias el *Te Deum* de la inmensa victoria. Era el fin de los musulimes, como ellos mismos afirmaban dejándose degollar con melancólico fatalismo.

Aun duraría en España la embriaguez de tan extraordinario triunfo, cuando Francisco holló su tierra, si, como se cree, vino á fines de 1212. En caso de que, según algunas crónicas afirman, entrase á principios de 1213, hallaríanse los ánimos divididos entre el regocijo de las ventajas obtenidas sobre la media luna y la consternación causada por la sequía y hambre crue-

lísima que entonces desoló las provincias castellanas, impeliendo á las gentes á los extremos de comerse algún padre los hijos de sus entrañas. Nunca hubo sazón más propicia para oír hablar de Dios que aquella en que el azote de su cólera flagelaba al hombre. En la Edad Media todo suceso, adverso ó favorable, era pretexto para convertir los ojos á la vida futura: en la providencial victoria de las Navas veían los caudillos castellanos el poderío del Señor de los ejércitos; en la miseria y esterilidad, su vengador enojo. En cualquier caso debió ser bien acogido el viajero humilde, qué á pie y descalzo venía de Italia, de la tierra apostólica, exhortando á penitencia, á pobreza, á paz y mansedumbre. Y aquel viajero se proponía confiadamente — como la oveja que no teme meterse entre lobos — intentar nada menos que la conversión del feroz *Rey Verde*, del Miramamolín, el vencido de las Navas, que tras de desahogar su rabia y afrenta segando los cuellos de los jeques andaluces, se había retirado á Marruecos, ocultando el corrimiento y despecho entre los muros de torpe harem, donde presto la traición, por medio de envenenada pócima, interrumpió los deleites en que se sepultaba para olvidar la rota y desastre padecidos. Asociábase así Francisco al propósito de la nación hispana: ésta, con las armas, había domeñado al África, y el penitente de Asís iba á tratar de imponer al agareno con la palabra yugo de amor. España, unida en el pensamiento de su independencia, en los esfuerzos sublimes de su reconquista, ofrecía entonces á Francisco campo más fecundo quizás que Italia, donde la prosperidad del comercio y las contiendas civiles traían los ánimos envueltos en mundanas preocupaciones, y que Francia, donde la piedad albigena se erguía pujante y el relajado clero